

¿Camino a Canaán?

Nacido en Polonia como Yonathan Heilperin, fue un poeta judío que emigró a Israel a finales de los años 20 del siglo pasado. Allí fue adoptando progresivamente apellidos de más en más hebraicos: Shelaj el primero y finalmente fue Ratosh. Se afilió al sionismo revisionista del Irgún y llegó a ser el editor de su periódico Ha Yardén (“El Jordán”).

En 1939, desilusionado con lo político, fundó el movimiento “cananeo” que rechazaba a la vez la religión y el nacionalismo sionista judío en Palestina, recuperaba la vigencia del idioma hebreo en la vida ordinaria y en la literatura y se abría a una teórica afinidad cultural con todo el Medio Oriente.

Pero lejos de buscar alianzas con la población local, que todavía no era “palestina” (término acaparado entonces por el Mandato Británico y la Agencia Judía), la corriente “cananea” buscó recrear una forma de vida que superara en autenticidad bíblica a la forma de vida árabe tradicional que muy poco se había transformado en milenios, si bien se la consideró históricamente tardía por ser posterior a la presencia hebrea y cristiana en el pasado lejano.

Este primer impulso “cananeo” fundado por el poeta, fue posteriormente heredado por los escritores “sabras” (nacidos en la Tierra de Israel) Amos Keinan y Dan Ben Amotz, inspirados esta vez por un nacionalismo izquierdista secular pero que cultivaba el mismo sentimiento hebraísta despegado del judaísmo y por ende de la Golá, o Diáspora.

Los “cananeos” adoptaron referencias paganas que no escasearon entre los hebreos de la Antigüedad, como lo han demostrado las excavaciones arqueológicas que revelaron la existencia de estatuas erigidas a Yahvé y Astarte

(Ashtarot) en Kadesh Barnea y otros sitios, explicando el gran enojo de Dios y de sus designados Jueces y Profetas si nos remitimos a la narrativa descripta en Su Libro Oficial.

Dicha actitud se sumaba a un rechazo bastante extendido del llamado yehudón (apelativo dado al judío usurero y narigón que describía un antisemitismo del tipo Stürmer), por parte de los rudos pioneros, que adoptaron en su lugar la figura épica del guerrero campesino, reconciliado con la naturaleza, evocada por la fascinación romántica europea tardía contenida en la noción de Blut und Boden.

En suma, se trataba de la formulación de un nuevo nacionalismo de vocación estrictamente lingüística, autóctona y paisajista que pretendía trascender a dicho concepto hasta convertirse en un Ur nacionalismo hebraico que, en virtud de su insuperable arcaísmo, se erigiría en la verdadera madre de todos los nacionalismos.

Por su parte, en los 80, el escritor A.B. Yehoshua introdujo el concepto de “judío integral”, que según él sólo es realizable en Israel porque significaría el fin de una anomalía histórica y la recuperación de la soberanía política de los judíos. Sin embargo, Yehoshua jamás reivindicó frontera territorial alguna y mucho menos la del Israel bíblico, ya que resulta por lo demás imposible precisar si corresponde a la extensión máxima alcanzada por el reino de David o al minúsculo reino de Judea de los últimos siglos de vida independiente.

Yehoshua tampoco planteó un divorcio con la Diáspora sino que, por el contrario, realizó un llamado generalizado a “hacer alyá” al país (“subida”, es decir, a la inmigración), sin excluir a ninguna categoría de judíos.

¿Por qué evoco entonces ahora esta corriente aparentemente marginal de la historia del asentamiento judío en Tierra de Israel?

Porque curiosamente, la tentación “cananea”, planteada en oposición a la Diáspora, se reproduce ahora bajo una

nueva forma, la del sionismo ultranacionalista religioso, tercera fuerza política emergente de las recientes (2022) elecciones generales.

Recordemos: grosso modo, sin contar las variantes étnicas, sefardíes o askenazíes, ni los linajes jasídicos rivales como los de Satmer o Lubavitch, en Israel están políticamente activos dos campos religiosos diferenciados, el de la ortodoxia rabínica tradicional y el del sionismo nacional-religioso. Sumados son minoritarios respecto a la totalidad de la población, pero resultan decisivos casi siempre para formar gobiernos. Por cierto, entre ellos rivalizan abiertamente para atraer en su dirección a muchos jóvenes progresivamente alejados del laborismo y del laicismo en general que, en un mundo en transición, se ven tentados por las certezas que promete el “retorno a las respuestas” o jazará be teshuvá de una religiosidad radical.

Lo cierto es que nunca se ha alcanzado un consenso final entre el sionismo y el mundo ortodoxo que gestionó gran parte de la vida judía en la diáspora durante por lo menos sus primeros mil ochocientos años, y que hoy en todo el mundo vive su propia crisis “post-ortodoxa” entre “jaredim” puristas, progresistas y conservadores.

Esa es la razón por la que no exista hasta hoy una constitución en Israel. En su lugar se mantiene un tenso status quo desde 1948, en el que los más religiosos gozan de ciertas prerrogativas para no oponerse abiertamente al estado, incluida la exención del servicio militar y la subvención de las yeshivot o escuelas toraníes. Pero ello no ha convencido a algunas ramas ultraortodoxas que consideran sacrilego al Estado Hebreo, al detectar en este proyecto la misma naturaleza épico-mesíánica de otros que ya se vieron rechazados durante dos mil años, indefectiblemente atribuidos a “falsos mesías”. Critican que el sionismo devuelva a los judíos a la tierra de Israel sin volver a Dios, retrasando la venida del verdadero Mesías, y han llegado a apoyar ocasionalmente a enemigos acérrimos de Israel, como la Organización de Liberación de Palestina (OLP) de la década de 1970, o el Irán de los ayatolá.

En paralelo, se ha producido una gran fractura contemporánea entre ortodoxia rabínica y religiosidad ultranacionalista que ha emergido de

una distante fisura provocada por los planteamientos místicos y cabalísticos de Isaac Luria (1534-1572) y sus tesis respecto a una Creación averiada necesitada de “corrección”.

En esa línea, un carismático teólogo, el rabí Abraham Isaac Kook, (1865-1935) intentó aprovechar el creciente laicismo y nacionalismo que dio lugar al modelo europeo de estado-nación de su época para apropiárselo y demostrar que, lejos de relegar a la religión judía, esta nueva tendencia reforzaba (“corrige” en términos prestados de Luria) y elevaba la calidad de la fe. Su argumento, con claros tintes hegelianos era el siguiente: Dios habita en el “espíritu de la nación”, forzosamente entendida como sinónimo del concepto cabalístico de Kneset Israel (congregación de Israel) y por lo tanto, quien abandona la religión a favor del pueblo no hace más que encomendarse de lleno a Dios.

Animados por las tesis de Kook, dentro del estado de Israel emergieron en los años 70 movimientos nacional-religiosos extremistas nuevos como Gush Emunim, semejantes a otros integrismos político-religiosos contemporáneos, comparables a los movimientos musulmanes yihadistas y cristianos evangelistas americanos, donde la religión sirve de coartada para legitimar estrategias políticas nacionalistas extremas.

Gush Emunim recuperó el epíteto de yehudón como representativo del judío diaspórico, cuando en 1975 recibió al Secretario de Estado americano Henry Kissinger que mediaba entre Israel y Siria, coreando: “Jew boy go home”.

A diferencia del tibio, condicionado cuando no hostil interés del establishment rabínico tradicional por el Estado, los nacional-religiosos aspiran a la reconquista y constitución de una teocracia al estilo asmeo de un Gran Israel, y son quienes alimentan los asentamientos masivos en Cisjordania, que para ellos representa las irrenunciabiles Judea y Samaria bíblicas.

De entre estos últimos, en los años 80 destacó por su radicalidad el movimiento Kaj del rabino americano Meir Kahana, que fue declarado ilegal por su extremismo supremacista y abiertamente racista hacia los árabes en particular y por su desprecio por la democracia en general.

Sin embargo, un discípulo suyo, Itamar Ben-Gvir, a la cabeza de una ver-

Serie: Acontece Últimos artículos publicados en esta serie:

(XCXI) ¿Con o sin Face. (Henrique Raposo, N° 451)

(XCXII) Un conjuro llamado “cultura de la violación. (Jorge Barreiro, N° 454)

(CIII) Desigualdad tolerada. (Zygmunt Bauman, N° 454)

(CIV) Nueva fórmula de dominación “Sé feliz”.

(Byung-Chul Han, N° 454)

(CV) La revolución de la longevidad. (Gerardo Menéndez, N° 462)

(CVI) 8.000.000.000. ¿Y qué? (Raquel Albuquerque, N° 463)

sión algo más moderada de la ideología de su maestro, representa hoy en día a la comunidad de colonos del sionismo religioso nacionalista asentados legal e ilegalmente, según la propia legislación israelí, en Cisjordania, y ha conseguido llevar a su partido a ser la tercera fuerza de la Knesset junto al ligeramente menos extremista Partido Sionista Religioso de Bezalel Smotrich.

Más allá de su intolerancia, la gran novedad que Ben Gvir introduce es la “nacionalización” definitiva del judaísmo religioso; es decir, la afirmación de una nueva ortodoxia sólo considerada auténtica cuando es practicada localmente, completamente centrada en la ocupación sacralizada del territorio en la totalidad de la Tierra de Israel, relegando a un segundo plano las prescripciones rituales tradicionales, si su puesta en escena no se realiza sobre el terreno bíblico propiamente dicho. Se entiende que la población palestina no juega ningún papel en este diseño; más aún, se la visualiza paradójicamente como ilegítimo “ocupante” (aunque de larga data) de un teatro mítico que le sería ajeno.

Otra paradoja rara vez percibida como tal pero que vale la pena señalar estriba en que esa actitud fetichista de apropiación material del paisaje es propia de la visión cristiana del mundo. La irrupción de Jesús cortó abruptamente con la tradición judía cuando en el Sermón de la Montaña se distanció de sus mayores (“ustedes oyeron de sus padres..., pero yo os digo...” y en Mateo 10:21 sentenció: “los hijos se levantarán contra los padres”).

Con el objetivo de compensar por esa súbita discontinuidad introducida en la corriente del tiempo, la nueva doctrina encontró el recurso de resituarse en la geografía, trazando un mapa de sus lugares sagrados, impregnando de santidad atemporal a los escenarios e itinerarios de su novedosa narrativa. Respecto al Antiguo Testamento, se habilitó una lectura que intencionadamente lo relegaba a mero anuncio del Nuevo, y para terminar de apropiárselo, desde la era bizantina los gobernantes cristianos en Tierra Santa fueron plantando banderitas en la supuesta localización exacta de los eventos bíblicos precristianos donde construyeron sus santuarios e iglesias, para incluirlos en sus futuros destinos de peregrinación.

Por lo contrario, la tradición orto-

doxa rabínica, aferrada a la continuidad de la memoria comunitaria, más aún si cabe después de la dispersión, se abstuvo de localizar lugares sagrados, salvo la práctica popular de peregrinar, sin atribuirles propiedades mágicas, a tumbas de sabios para rendir homenaje a su recuerdo, y no sólo en la Tierra Prometida.

Sagrado se consideraba el sacro sanctorum (“kodesh hakodashim”) del templo de Jerusalén, pero sólo mientras contenía las Tablas de la Ley sobre las que flotaba la schejiná, el aura divina, depositadas allí desde el Tabernáculo ambulante; sagrada era la inubicable zarza ardiente desde donde habló Dios; sagrado pero de ubicación indeterminado es el emplazamiento del Monte Sinaí donde se otorgaron los Diez Mandamientos. Los cristianos, por su parte, necesitados de una localización material, eligieron una montaña de entre las muchas del macizo de ese nombre y construyeron allí el monasterio de Santa Katarina para marcar el sitio con supuesta exactitud.

Una vez iniciadas las negociaciones para establecer una coalición de gobierno liderada por Bibi Netanyahu, no se ha tardado en forjar un consenso entre ambos campos religiosos para reformar la Ley del Retorno, no reconocer las conversiones al judaísmo realizadas por los movimientos conservadores y reformistas, teniendo como objetivo mantener el derecho de inmigración únicamente a judíos ortodoxos. Tal medida excluiría a millones de judíos sionistas mayoritariamente americanos, la segunda gran colectividad judía en el mundo.

Pero el peligro real de un neo canaanismo lo representa el movimiento liderado por Ben Gvir, inmerso en lo que probablemente constituye la involuntaria conversión idólatra a una geografía concreta a la que consideran el único escenario válido de la fe judía revelada. Guiados como afirman por el “dedo de Dios”, los nuevos héroes épicos -que han desplazado a los antiguos campesinos guerreros laicos y socialistas- son los colonos fundamentalistas de los asentamientos en los territorios ocupados representados por Ben Gvir, un ultra militarista que no hizo el servicio militar. Como ya lo han manifestado, su misión trasciende las mayorías circunstanciales de la democracia y representan una velada amenaza de conflicto civil si las ma-

yorías volvieran a ser las que hicieron posible el frustrado acuerdo de Oslo de 1993. Un posible paso siguiente podría ser la sumisión de la Knesset a un refundado Sanedrín, para ejercer las tareas semejantes al las del consejo de ayatolás “guardianes” de régimen iraní.

Es obvio que desde esta perspectiva peligran tanto la democracia israelí como la privilegiada relación con los EEUU y en general, con Occidente.

Pero en términos de la definición misma del proyecto sionista, el derecho histórico sobre la Tierra de Israel, al

margen del hecho indiscutible de que es un derecho disputado, corresponde a la totalidad del pueblo judío tal como lo entendieron los fundadores del movimiento.

Por lo tanto, si Israel desea ejercer un liderazgo siquiera moral sobre las comunidades judías del mundo debe tomarlas en cuenta, así como la Diáspora debe asumir la responsabilidad de llamar a un diálogo y debate sobre principios fundamentales de interés común que preserven el carácter cosmopolita del judaísmo.

La alternativa es el estado teocrático de Canaán.